

UN CUENTO DE HADAS.

LOS DOS TAMBORILEROS.

En el antiquísimo valle de Tabira, sobre el que se fundó la villa de Tabira en Durango, conocida hoy con el nombre de Durango á secas, vivian allá en remotos tiempos dos jóvenes tamborileros, famosos en todo el país por su intachable conducta y su rarísima pericia. Era uno de ellos poeta y músico á la vez, tan diestro en tocar el silbo, la *basca tibia* de los romanos, como en improvisar versos; de manera que lo mismo brotaban sus labios los cantos más dulces y armoniosos, como las más tiernas y expresivas trovas. Artista por instinto y por naturaleza, y bello de rostro como los ángeles euskaldunes, poseia un metal de voz agradabilísimo, y tal don para imprimir en el corazon de los que le escuchaban la expresion de sus sentimientos, que además de captarse todas sus simpatías, les arrancaba los más frenéticos aplausos. Y sin embargo, para que no fuera perfecta esta obra de la naturaleza, tenia un gravísimo defecto: Lañoa, que así se llamaba este jóven, era jorobado.

Artza, su compañero, aunque ménos diestro en la profesion, se ajustaba admirablemente á la música que aquel componia, de tal modo, que los efectos que juntos producían no podian ser más sonoros ni afinados. Era de carácter áspero, desigual, festivo hasta la jocosidad unas veces, triste hasta el dolor otras, y algo envidioso de su compañero, á quien, á pesar de su genial, respetaba por la superioridad de su talento. Bajo de cuerpo, con cabellos rojos y erizados, de mirada sombría, nunca lograba cautivar á sus oyentes que se acercaban á él con cierta repugnancia; y ¡cosa rara y singular! por una de

esas casualidades que se combinan en el mundo sin saber cómo ni cuándo, Artza era también jorobado como su compañero.

Excusado es decir que músicos tan notables eran solicitados de todas partes, y que no había banquete, boda ni romería completos, sin la presencia de los dos tamborileros jorobados.

Pero llegó un día que el verdadero artista, el *bersolaria*, el *otsa-kindaria* como le llamaban en el país, sintió el fuego del amor, consagrándoselo á Intza, hermosísima hija de un herrero de Tabira, la cual, si bien al principio le desdeñó, sin duda por la deformidad de sus espaldas, amóle con delirio tan pronto como escuchó sus tiernísimas palabras pronunciadas por la más suave voz é inspiradas por un corazón ardiente. Pero Lañoa era pobre, y rico el padre de Intza: hermosa esta y deforme aquel: ella rodeada de parientes y deudos y con un porvenir halagüeño, y él solo en el mundo, sin más recursos que su música y sus versos; ¿cómo, pues, pedírsela al padre con esperanza de éxito, si la rudeza de su carácter y su avaricia eran demasiado conocidas de sus convecinos?

Pero el amor allana montes empinados, abre puertas herméticamente cerradas cuando no escala las más elevadas techumbres; y Lañoa, que no desconocía las travesuras del dios ciego, cegado á su vez por las artes que había infiltrado en su cuerpo, con firme voluntad se presentó una noche al padre de Intza y le pidió su mano.

—¿Cómo, atrevido,—le respondió éste,—has osado concebir semejante locura, tú, vagamundo, ocupado toda la vida en levantar altares de escándalo en tabernas y figones, rodeado de miseria y por añadidura cargado de esa maleta que llevas sobre la espalda? ¿Crees, por ventura, que me expondría á la irrisión del pueblo concediéndote la mano de mi hija para que al cabo de pocos años me regalases un batallón de jorobados? Largo de aquí sin abrir la boca.... insensato!

Y como al pronunciar estas últimas palabras echase mano á una barra de hierro que á su alcance se hallaba, volvió la espalda Lañoa sin que las lágrimas que rodaban por sus mejillas apaciguaran la cólera del soberbio herrero.

Apénas había dado algunos pasos cuando tuvo que apoyarse en un árbol para no caerse: tal fué el efecto que le produjo el horrible desprecio de que acababa de ser víctima. Y sin darse cuenta de sí propio ni de reponerse de su desfallecimiento, echó á correr por una senda que conducía á Mañaria; y trepó su cuesta, y penetró en sus espe-

sos encinares abriéndose paso á expensas de rozaduras que rasgaban sus vestidos, y franqueó los bosques de la Peña de Amboto, hasta que exánime y sin aliento cayó en tierra sobre una pequeña planicie cubierta de frondosas hayas.

Eran las once en punto de la noche, segun el tañido de las campanas en los relojes de Mañaria y Tabira, cuando el desventurado Lañoa recobró el sentido, abriendo los aletargados ojos. No podia explicarse por más que intentaba recoger su ideas, cómo ni de qué manera se había trasladado á aquel sitio que tardó mucho en reconocer, ni cuánto tiempo hacia que en él se encontraba. Lo único que recordaba, y no se apartaba de su mente, era la escena que tuvo con el padre de Intza, el horrible desprecio que le hizo, las brutales maneras con que le habia despedido; y abrumado con este pensamiento que destruía todas sus esperanzas y proyectos, cubríase el rostro con ambas manos, dando rienda suelta á su llanto. De repente una infernal gritería que rasgó sus tímpanos, le sacó del estado de abatimiento en que se hallaba: miró ávidamente hácia todos lados sin descubrir de dónde procedia, hasta que fijando los ojos en el horizonte, descubrió unas formas vagas é indecisas que cerniéndose sobre el campanario de la iglesia de su pueblo se fueron aproximando al de la de Mañaria, y atravesando rápidamente por encima de su cabeza y por las crestas de Amboto, siguieron su vuelo hácia el Udala. Jamás habia visto Lañoa aquel género de cabalgadura aérea, ni mujeres más asquerosas, ni oido chillidos más estridentes que los que lanzaban al surcar el espacio montadas sobre escobas, ni cosa alguna que se le pareciera. Recordó, sin embargo, haber oido que las brujas de Amboto tenian la costumbre de celebrar su conventículo los sábados, y que era noche de sábado la que le ofreció tan horrible espectáculo. Vivamente impresionado por este suceso se ocupaba en dar gracias á Dios de no haber sido descubierto por tan infernal escuadron, cuando observó que una gran cavidad abierta en la roca de Amboto que á sus espaldas se alzaba, comenzó á iluminarse ténue pero progresivamente hasta quedar bañada de los más puros y brillantes colores. Y observó tambien que fueron colocándose majestuosamente á la entrada y á los lados de la gruta, una porcion de señoras, admirablemente engalanadas.

No fué flojo el nuevo asombro de Lañoa al contemplar este inesperado y bellissimo espectáculo, que tanto contrastaba con el asqueroso que acababa de ver en el espacio; y lo fué mayor todavía, cuando

se apercibió que aumentando la luz de la gruta, salió de ella una apuesta y gallarda dama, régiamente vestida, y dirigió sus pasos hacia donde él se hallaba. Su primer impulso fué el de correr y precipitarse por las rocas que le cercaban; pero se contuvo y esperó, aunque lleno de pavora y vergüenza, á la excelsa señora que se le aproximaba.

—Pobre Lañoa, le dijo con la voz más dulce y expresiva: nada temas, ni intentes huir de este tranquilo recinto. Los jóvenes que como tú son desgraciados y no carecen de talento, siempre hallan en él alguna recompensa. Acércate á mis damas y recítalas algunos de tus inspirados versos; toma este silbo y este tamboril y toca alguna de tus mejores composiciones.

Lañoa, trémulo y casi sin aliento, cogió maquinalmente un magnífico silbo de oro y un tamboril como jamás pudo concebir que pudiera elaborarse. Dió algunos pasos, detúvose ántes de acercarse á la gruta, recogió todas sus ideas, tranquilizó su espíritu, y entusiasmado de tanta magnificencia y belleza, improvisó los versos más tiernos y sonoros.

Un aplauso general mereció de las damas que le escuchaban.

Agradecido á tan expresiva acogida, tomó el silbo y le colocó en sus labios. Los sonidos que producía el instrumento eran maravillosos, y entusiasmado por ellos, dió rienda suelta á su fantasía, ejecutando las sonatas más brillantes. Recorrió todo su repertorio conocido; improvisó los aires más variados, ya elevándose á la region de lo sublime, ya descendiendo á los cantares del vulgo, hasta que entonando un bellissimo zortziko, puso en movimiento á las hadas que atónitas le escuchaban. Espiraban en sus labios las últimas notas de este baile popular, cuando doblaba el reloj de Mañaria las doce de la noche. La brillante luz de la gruta comenzó á perder su refulgente intensidad, derramando tintas vagas y apenas perceptibles: las damas perdieron tambien sus colores; y sus atavíos tan frescos poco ántes, se marchitaron tristemente. Pocos instantes despues las tinieblas y el más sepulcral silencio se apoderaron de aquel recinto: solo descubrió Lañoa en el fondo una forma rodeada de pálida luz que avanzó hacia él majestuosamente y en la que reconoció á la dama que le habia dirigido poco ántes la palabra.

—Lañoa, le dijo, no con aquel tono fresco y argentino con que le habló la vez primera, sino con la voz lánguida y ténue del enfermo que espira, si hasta ahora has sido desgraciado no lo serás en adelan-

te. Colócate de rodillas y besa mis plantas sin hacer ningún movimiento hasta que yo te lo ordene.

Y obedeció Lañoa, hincó la rodilla en tierra y humilló la cerviz hasta tocar en el suelo. La dama colocó sus manos sobre la espalda del jóven, y apretándosela fuertemente, arrancó de cuajo la enorme protuberancia que le cubría: colocóla sobre un ancho plato de metal que tenía á su lado, pronunció algunas palabras en voz baja, y esforzándola algo más, mandó á Lañoa que se levantara. Así que este se colocó de pié, oyeron sus oídos, aunque con dificultad, porque la voz de la dama se amortiguaba por instantes, estas palabras:

—Ya no eres un jóven imperfecto expuesto á las chanzas de las gentes ni á desdenes como el que has experimentado hace pocas horas todavía: sin embargo, te hace falta otra cosa para que logres lo que tanto anhelas. Cuando regreses á tu hogar, pasarás por las piedras de Arangoena, y entre las dos más altas que descubras hallarás una losa blanca medio cubierta de césped. Levántala con cuidado y recoge una arquilla de hierro cincelado de oro cuya llave es esta: no la abras ántes que el sol dore con sus rayos las crestas de este monte, y acuérdate de que la dama de Amboto ha contribuido á tu felicidad...

La voz se extinguió por completo, al mismo tiempo que los ojos de Lañoa solo veían delante de sí una blanca y ligera niebla que acabó por disiparse en el espacio.

¡La dama de Amboto! repetían sus labios estremecidos! ¿Pues no están salpicadas nuestras crónicas de los crímenes más horribles por ella cometidos?... Y sin poder compaginar las bondades que acababa de recibir y la dulzura del carácter de la dama con los tristes episodios que de ella le habían referido, bajó la empinada cuesta saltando como el corzo de la montaña hasta llegar á las piedras de Arangoena. Descubrió las más altas, levantó la losa casi oculta por el césped, recogió una hermosa caja de hierro cincelada por artística mano, y emprendió de nuevo la marcha en el momento en que un prolongado suspiro que algunas veces había consolado sus penas, hirió duramente sus oídos.

Lañoa se consideraba en aquel instante el más feliz de los mortales: sin joroba, ágil, hermoso, rico y lleno el corazón de esperanzas que estaba á punto de realizar, ¿cómo no se llenaría el suyo de noble orgullo? Bendijo, mientras llegó á su casa, al Señor de las alturas, al Jaungoikoa que le había salvado de aventuras tan extraordinarias

como peligrosas: bendijo á la dama de Amboto que embelleció su cuerpo, transformando su precaria situacion social: bendijo á su querida Intza, vírgen de los maravillosos sucesos que le acababan de ocurrir; y en su locura de contento hasta bendijo al soberbio herrero que esperaba conquistar con su nueva gallarda presencia y el tesoro que debia encerrar la arquilla de Arangoena.

No bien comenzó la aurora á derramar su luz sobre las crestas del Udala y Amboto, cuando, siguiendo las órdenes de su bienhechora, abrió Lañoa la caja misteriosa. Casi estuvo á punto de desplomarse al contemplar lo que encerraba: largos y pesados cartuchos de monedas de oro hábilmente colocados en sus fundas, cubrian más de la tercera parte de su cabida, brillando en los intersticios que dejaban, gruesos brillantes y perlas raras y preciosas; y como si tanta riqueza no bastara á saciar sus apetitos, habia adherida en la parte interior de la tapa de la caja una letra formada por chispas de diamantes que decia: *nadie podrá abrirla ni robarla*. ¡Qué largas le parecieron á Lañoa las horas que le faltaban para echarse á la calle, lucir su gentil cuerpo, presentarse á Intza y entregarle el tesoro! Contentóse, entretanto, con despertar á su compañero Artza que dormia profundamente y á quien contó una buena parte de sus aventuras. Este no salia de su asombro; y aunque el oro y las perlas de la caja le llamaron mucho la atencion, llamóle más todavía, y era objeto principal de su codicia la supresion de la maleta en la espalda de Lañoa, segun el zumbon dicho del colérico herrero de Tabira. Hizole Artza repetir esta parte de sus aventuras: hizole volver y revolver de frente, de espalda y de costado su cuerpo; y cuando se convenció que de la fea protuberancia que ántes tenia no le habia quedado el más leve rastro, se dijo para sí: «pronto visitaré yo tambien á la dama de Amboto.»

Lañoa, que no podia respirar dentro de su alcoba: le era necesario que las calles, las casas, todos los objetos animados é inanimados presenciaran su transformacion; y si hubiera podido disponer de la trompeta de la Fama, el orbe entero hubiera sabido en aquellos instantes que era el hombre más feliz que le habitaba.

Ya las gentes discurrían por todas partes admirando la gentileza del tamborilero: quiénes decían que no era el mismo Lañoa que en las fiestas les divertía tanto con su música y sus versos: quién aseguraba que un misterioso personaje llegado á Tabira pocos días ántes le habia arrancado la joroba; alguno más receloso pensaba que solo las ar-

tes del diablo podían haber operado aquella transformación; y no faltó quien espíara sus pasos, para convencerse de que no estaba vendido á Satanás, si asistía al Santo Sacrificio de la misa como en los días festivos era obligación de todo buen cristiano.

Por fin llegó el momento de presentarse Lañoa en casa de su futuro suegro. El taller se hallaba cerrado por ser domingo, y aunque se le presentó viva la actitud que aquel tomó en la noche anterior al empuñar la barra de hierro para arrojarle de su presencia, no dudó que se ablandaría tan pronto como contemplara su apostura y sus riquezas. Llamó con arrogancia á la puerta, que la abrió el mismo herrero en persona. Al ver á Lañoa frunció el cejo súbitamente, pero lo cambió con la misma rapidez dudando si el jóven que tenía delante, esbelto y sin joroba, era el mismo á quien pocas horas ántes había despedido ignominiosamente.

—¿Qué quieres?—le dijo con áspera voz.

—Quiero la mano de vuestra hija para haceros feliz en los años que os restan de vida; y como ahora puedo ofreceros una gran fortuna y la seguridad de que no tendréis un solo soldado imperfecto en el batallón que esperais ver formado con nuestra familia, no dudo que accederéis á mi súplica.

Y despues de ponerse de frente, de espalda, de costado, enhiesto, encorbado y de plano en el suelo, abrió la arquilla que llevaba en la mano, y derramó sobre una mesa tantas monedas de oro y tan brillante pedrería, que el buen herrero quedó absorto y desconcertado.

—¡Ira de Dios!—balbuceó pasados algunos instantes,—ó sois el diablo en persona, ó sois presa del más espantoso insomnio.

Lañoa se santiguó repetidas veces, hincó la rodilla en tierra ante una imágen de Cristo que pendía de una de las paredes, pronunció su nombre lleno de unción santa, mientras el herrero se restregaba los oídos, se palpaba todos sus miembros y miraba á la mesa cargada de oro y de preciosas piedras.

—Puesto que te empeñas tanto en ser el esposo de mi hija,—dijo á Lañoa con suave y humilde voz,—si ella te quiere, acepto tu propuesta. Y dejando solo al jóven afortunado, penetró en una alcoba llamando á Intza.

Lañoa llegaba al colmo de su felicidad: recogió apresuradamente sus riquezas sin saber lo que hacía, y esperó á su amada, cuya argentina voz respondía á la de su padre. Verla y arrojarle á sus brazos

fué obra de un instante, y llamando cerca de sí al que habia de ser su padre, estrechólo tambien sobre su pecho. El ángel de la reconciliacion parecia haberse encargado de proyectar aquel interesante y bellísimo grupo.

Las bodas se concertaron inmediatamente y sólo se hablaba en Tabira de la felicidad de los dos jóvenes y de las riquezas de Lañoa; y como la envidia, y sobre todo la envidia femenina es la más cruel de todas las conocidas, los dardos más punzantes se disparaban contra el afortunado Lañoa. Artza, su compañero de toda la vida, se dejó arrastrar en esta odiosa cruzada, inventando las más repugnantes sospechas sobre la adquisicion de la fortuna de Lañoa, y en particular sobre la desaparicion de su defecto físico.

Fijóse la celebracion del matrimonio para el sábado inmediato, y convidóse á la fiesta á la mayor parte de las personas del pueblo. Grandes fueron los preparativos: los manjares más exquisitos, los vinos más excelentes, cuanto podia saciar la más exigente gula iba á parar á casa del herrero; de manera que las bodas de Intza y Lañoa prometian competir con las celebradas de Canaan. De ellas se ocupaban tambien en los pueblos del contorno; y más de cuatro doncellas se relamian de gusto los labios, unas por lograr tan buena fortuna como la que esperaba á Intza, y otras por asistir á la gran festividad.

Natural era que Artza, el compañero inseparable de Lañoa, duo de aquella música tan aplaudida en bodas y banquetes, tomára una parte activa en esta funcion. Nadie le vió en ella. El silbo de Artza y su excelente tamboril permanecian colgados en la alcoba que habitaba. ¿Dónde se habia ocultado? ¿Qué causa le motivó á desdeñar la gloria del amigo en aquella noche que constituia una verdadera época de su vida?

Artza no echó en olvido las aventuras que Lañoa le refirió ocho dias ántes, y para alcanzar su misma felicidad, tomó el camino de Mañaria tan pronto como las primeras sombras de la noche derramaron su manto sobre las empinadas cumbres de Amboto. Colocóse al lado de la gruta abierta en la peña y esperó impaciente una y otra hora. Doblaba las once la campana del reloj de Mañaria, cuando empezó á iluminarse la encantada estancia con los colores más puros y brillantes. Aparecieron en su pórtico las mismas señoras que habia visto Lañoa, y se presentó tambien entre ellas la gallarda y majestuosa dama de Amboto. Ninguna le llamó ni se ocupó de él para nada;

y como esto le disgustára y creyese reconocer á algunas de ellas, las llamó groseramente por sus nombres, haciéndolas ridículas señas. Un disgusto general produjo este atrevimiento en la asamblea, que aumentó extraordinariamente cuando Artza se acercó con la mayor familiaridad á la excelsa dama, y sin más rodeos la dijo:

—Os he esperado tres horas pacientemente sin que siquiera tengais la atencion de llamarme. He venido aquí para que hagais lo mismo que hace ocho dias hicisteis con mi compañero Lañoa. Y tomó asiento en uno de los recamados sillones destinado para las señoras.

La dama de Amboto hizo seña á la que más inmediata de ella se hallaba, y al punto le presentó una bandeja de metal cubierta con un manto colorado. Acercóse á Artza sin decirle una palabra, vendóle los ojos, levantó el manto que cubria la bandeja y se la aplicó con su contenido al pecho.

Eran las doce en punto de la noche, cuando la estancia empezó á perder sus brillantes fulgores, hasta quedar sumida en la más profunda oscuridad. Las damas desaparecieron como en la noche que las vió Lañoa, y la de Amboto, fuera de la gruta, se convirtió en niebla que disolvió el viento.

Cansado de esperar Artza, aunque muellemente sentado, se rasgó la venda que cubria sus ojos. ¡Cuál sería su asombro cuando se encontró rodeado de las sombras más espesas, sin gruta iluminada, sin damas, sin nada, en fin, de cuanto había visto! Creía haberse dormido durante la ceremonia, y que soñaba; pero pronto pudo convencerse de la triste realidad que le manifestaba su pecho adornado con una corcoba igual á la de sus espaldas. Rabioso de la burla, lanzó las mayores imprecaciones á la gruta, á las hadas que la habitaban, y sobre todo á la dama de Amboto; y confuso y avergonzado, bajó tristemente la empinada cuesta. Al llegar á Tabira, oyó los armoniosos sonidos de las músicas de la boda de Lañoa, que, resonando en su corazon, le recordaron su ingrata conducta con el amigo de toda la vida, contra quien acababa de divulgar las más denigrantes invenciones. Encaminó sus pasos hácia la casa de la fiesta, sin atreverse á penetrar en ella; pero unos amigos que le reconocieron y que por encargo de Lañoa le buscaron por todas partes pocas horas ántes, lo cogieron en hombros y á la fuerza lo condujeron hasta el centro de la sala donde el baile se celebraba. Una general, estrepitosa y prolongada carcajada resonó en toda la estancia al descubrir la nueva corcoba que adornaba

el pecho de Artza, contra la que, y su horrible figura, se dirigieron las burlas más sangrientas.

Un hombre solamente permanecía sério y condolido en medio de aquella alegre muchedumbre: este hombre era Lañoa, que prometió solemnemente recoger á aquel desgraciado, víctima de la grosería y de la envidia. Y lo cumplió.

JUAN E. DELMAS.

GAUZARIK CHIKIENETAN DA AUNDIENA JAUNGOIKOA.

¡Nork esan gure
Jaungoiko onak
Gauzarik chikienetan
Poderiorik
Andienaren
Muestrak dizkigula eman!
Au ikusteko
Kondairacho bat
On da nik konta dezadan.
Inguma zuri
Itsusi batek
Oi ditu udaberrian,
Millaka arraultzak
Or-emen uzten
Masust arbolen orrian,
Au jan dezaten
Andik irtenik
Arrak alegin guztian.
Ala gertatzen
Da, zergatikan
Ozta dirade irteten,
Berealañen
Asten dirade

Gogotik ostoa jaten,
Illabetea
Guchienea
Ez dira jaten gelditzen.
Ostoz aseaz
Egiten dira
Beatza bezin lodiak,
Eta orduan
Aiek aotik
Botatzen duten lirdiak
Berak jiraka
Darabiltela
Uzten ditu estaliak.
Badirudite
Ezkur-aleak
Orduan oso-osoak
Aur-jostatzeko
Boltsa batean
Norbaitek sartutakoak;
Nork sinistatu
Beär dutela
Pištu gero onelakoak.
Uda-berria